

LUIS E. ÍÑIGO FERNÁNDEZ

Historia de los perdedores

De los neandertales a las víctimas de la globalización




ESPASA

LUIS E. ÍÑIGO FERNÁNDEZ

HISTORIA DE LOS PERDEDORES

De los neandertales a las víctimas de la globalización



ESPASA

© Luis E. Íñigo Fernández, 2022
© Editorial Planeta, S. A., 2022
Espasa es un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Avda. Diagonal, 662-664
08034 Barcelona

Preimpresión: Safekat, S. L.

Depósito legal: B. 19.393-2021
ISBN: 978-84-670-6444-5

Ilustraciones de interior: © Erich Lessing; © Angel Chevrestt; © Joseph Martin;
© François Guénet; © Jürgen Raible; © Andrea Jemolo; Image Broker; DPA;
Akg-Images; Museo Metropolitano de Arte, Nueva York; Album y © Andia/
Getty Images.

Iconografía: Grupo Planeta

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es

www.espasa.com
www.planetadelibros.com

Impreso en España/*Printed in Spain*
Impresión: Rodesa, S. A.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN	15
1. LOS PRIMEROS VENCIDOS: LOS NEANDERTALES	19
Traicionados por el pincel	20
Traicionados por la pluma	25
Una historia desdichada	27
Poniendo las cosas en su sitio	33
2. INFAMIA EN EL PARAÍSO: LOS CAMPESINOS EGIPCIOS	39
Las raíces de la desigualdad	41
El nacimiento del Estado	48
Los siervos sumisos del dios	53
3. CUERPOS SIN ALMA: LOS ESCLAVOS ROMANOS	59
Olvidados entre los olvidados	61
Personas como las demás	66
Cuando la violencia se invierte	70
Las guerras serviles	73

4.	ELEGIR CONTRACORRIENTE: LOS HEREJES CRISTIANOS	79
	El nacimiento de la herejía	80
	Cristianos olvidados	89
5.	AMANTES DESPECHADOS: LOS PUEBLOS GERMANOS	99
	El principio del fin	101
	Odio y desprecio	106
	Unos bárbaros no tan bárbaros	111
6.	LA ESTIRPE DE CAÍN: LOS MARGINADOS DEL MEDIEVO ...	119
	<i>Malae sunt novae consuetudines</i>	121
	El mundo de las sombras	134
7.	EL PUEBLO DEICIDA: LOS JUDÍOS	139
	Una diáspora interminable	142
	Del antijudaísmo al antisemitismo	152
	La aportación de los judíos a la cultura europea	155
8.	LOS HUMILDES SOLDADOS DE DIOS: LOS TEMPLARIOS	161
	Los Pobres Caballeros de Cristo	164
	Jano Bifronte	168
	Decadencia	174
	Conspiración	176
9.	LAS VALIENTES ESPOSAS DE SATÁN: LAS BRUJAS	181
	Hechiceras antes que brujas	183
	Las brujas en la imaginería popular	190
	La verdad sobre las brujas	198
10.	¿ESCLAVOS O VASALLOS?: LOS NATIVOS AMERICANOS	207
	Primer contacto	209
	En tierra de imperios	213
	El <i>Tahuantinsuyu</i>	219
	No todos los imperios son iguales	226

11. EL IMPERIO A SUS ESPALDAS: LOS PECHEROS CASTELLANOS	231
La revolución de los precios	233
<i>Novus orbis victus vos vicit</i>	240
La «década trágica» de Castilla	244
12. SOLO CONTRA EL MUNDO: CARLOS V	251
El nuevo Carlomagno	254
El último emperador del mundo	257
El fracaso de un hombre	263
13. LOS JARDINES DESOLADOS: PERDEDORES DEL SIGLO XVII ..	271
Un siglo de crisis	273
El nacimiento del capitalismo	280
Perdedores del norte y del sur	285
14. FANTASMAS DE LA RAZÓN: LOS CONTRAILUSTRADOS	293
El Siglo de las Luces	296
La Contrailustración	301
Una victoria temporal	307
15. HIJOS DE LA MÁQUINA: LOS OBREROS	311
La Revolución industrial	313
Una nueva esclavitud	322
Los otros desfavorecidos	330
16. LA CARGA DEL HOMBRE BLANCO: LOS PUEBLOS COLO- NIALES	335
La carga del hombre blanco	337
La carga de los pueblos coloniales	342
17. HERRAMIENTAS DESECHADAS: LOS ANCIANOS	351
Los buenos viejos tiempos	353
La era de la ingratitud	358
Malos tiempos para los ancianos	362
La vejez en la era del materialismo	365

18. «COMPAÑERA TE DOY, QUE NO SIERVA»: LAS MUJERES	371
Una historia necesaria	372
Campesinas y reinas: mujeres, en fin	375
Promesas incumplidas	385
Una revolución propia	389
19. EL ARMARIO DE LA DISCORDIA: LOS HOMOSEXUALES	397
De la tolerancia al pecado	399
Condenados en nombre del amor	404
Del delito a la enfermedad	410
La lucha	412
20. RIQUEZA LEJANA: LAS VÍCTIMAS DE LA GLOBALIZA- CIÓN	415
La globalización	417
Unos ganan, otros pierden	420
La reacción de los perdedores	426
BIBLIOGRAFÍA	433
ÍNDICE ONOMÁSTICO	447

1

LOS PRIMEROS VENCIDOS: LOS NEANDERTALES

La historia es típicamente el relato de los vencedores sobre los vencidos, y la prehistoria no es diferente. Debido a que, de todo el caleidoscopio de humanos prehistóricos, solo nosotros hemos conseguido llegar a hoy en día, hemos asumido fácilmente el monopolio sobre la historia: como supervivientes, parece que hemos elegido considerarnos en el papel de vencedores y hemos reducido al resto a las categorías inferiores de los vencidos. Aceptar nuestra existencia como producto del azar requiere una gran dosis de humildad.

CLIVE FINLAYSON, *El sueño del neandertal*

El 9 de septiembre de 1856, una cuadrilla de obreros que trabajaba en la cueva de Feldhofer, una cantera cercana a la localidad renana de Düsseldorf, en el valle de Neander, encontró por casualidad unos extraños huesos. Aunque en un primer momento aquellos inopinados arqueólogos pensaron que podía tratarse de los restos de un oso de las cavernas, el aspecto humanoide del cráneo los llevó a presentar su hallazgo a un maestro de la cercana villa de Elberfeld, Johann Carl Fuhlrott, naturalista diletante que enseguida se dio cuenta de que aquellos fósiles no eran lo que parecían. Desde luego, sentenció mientras los contemplaba, no se trataba de un oso cavernario, sino de un hombre, pero un hombre sin duda muy extraño. El cráneo exhibía unas notables protuberancias óseas sobre la cavidad ocular; la frente era demasiado corta y huidiza, y los huesos de brazos y piernas, gruesos y curvados. ¿Quizá, debió de pensar el intrigado maestro, lo que habían encontrado aquellos canteros era un hombre primitivo, contemporáneo de los animales prehistóricos cuyos huesos comenzaban por entonces a desenterrarse en los campos de toda Europa?

Por aquellos años —mediados del siglo XIX—, las hipótesis evolucionistas empezaban ya a presentar batalla con decisión al

creacionismo tradicional. No en vano, en 1859, tres años después del hallazgo, publicaba Charles Darwin *El origen de las especies*, la futura biblia universal del evolucionismo, mientras Thomas H. Huxley hacía lo propio en 1863 con su obra *Evidencias del lugar del hombre en la naturaleza*, en la que afirmaba, ya sin ambages, la ascendencia simiesca de la humanidad moderna. Un descubrimiento como aquel podía, en consecuencia, suministrar munición decisiva a los esforzados paladines de la nueva teoría, con la que el inquieto maestro simpatizaba abiertamente. Pero para ello era necesario identificar bien el hallazgo, y Fuhlrott no estaba cualificado para hacerlo. Resuelto a resolver el enigma, recurrió a un especialista, el antropólogo Hermann Schaaffhausen, catedrático de Anatomía de la Universidad de Bonn, quien, también evolucionista convencido, pero de carácter más arrojado, decidió desvelar al mundo el esqueleto de Neander. El 4 de febrero de 1857, en una reunión de la Sociedad de Historia Natural de Renania y Westfalia, el que más tarde sería conocido como hombre de Neandertal hacía su presentación oficial en sociedad.

TRAICIONADOS POR EL PINCEL

Su destino, sin embargo, sería adverso, y lo sería tanto y durante tanto tiempo que podemos considerar a los neandertales, sin temor a equivocarnos, como los primeros perdedores de la Historia. Incluso el primero en creer en ellos, el citado profesor Schaaffhausen, los presentó ante sus colegas aquel frío día de invierno de 1857 como los miembros de una «raza bárbara y salvaje, derivada de una de las salvajes razas del noroeste de Europa a las que se referían los cronistas latinos y situada en un período en el que los últimos animales del Diluvio aún existían».

Por si fuera poco, ni siquiera esta visión poco agraciada de los neandertales satisfizo a todos los que se consideraron cualificados para opinar al respecto. No faltó quien, incluso, negó al individuo recién descubierto la condición misma de especie, atribuyendo sus peculiaridades anatómicas a malformaciones o acci-

dentes y rechazando la presunta antigüedad de sus restos. Fue el caso del también profesor de la Universidad de Bonn August Franz Mayer, quien, indignado ante las teorías de Schaaffhausen, afirmó sin rubor que el esqueleto descubierto en Feldhofer pertenecía probablemente a un cosaco mongol que, tras desertar de un regimiento ruso que perseguía a las tropas napoleónicas derrotadas en 1814, se había refugiado en aquella cueva, en la que, a juzgar por la terrible deformación que mostraba su cráneo, habría muerto entre horribles dolores. Para explicar las peculiaridades de sus huesos no era en modo alguno necesario inventarse ninguna nueva especie humana; bastaba con recordar las deformidades óseas y las fracturas mal soldadas que suelen sufrir los jinetes habituales. Pero más denigrante aún para los neandertales fue la opinión expresada por otro presunto experto, a la sazón presidente de la Société d'Anthropologie de París, el también alemán Franz Pruner-Bey, quien se mostró convencido de que los restos pertenecían nada menos que a un «idiota macrocéfalo». Y no fue muy diferente, a pesar de su evidente irracionalidad, el dictamen emitido años después por el prestigioso virólogo Rudolf Virchow, padre de la patología moderna y varias veces candidato al Premio Nobel, que observó en ellos signos evidentes de enfermedades como el raquitismo y la osteomalacia¹.

Por suerte, esta visión infamante de los neandertales, tan exitosa que llegó incluso a costarle su puesto al entusiasta profesor Schaaffhausen, no tardó mucho en ser rebatida. En 1886, Julien Fraipont hacía pública la descripción de unos nuevos restos hallados dos años antes en la cueva belga de Spy d'Orneau, que resultaron ser muy similares a los hallados en Alemania, y demostraba su clara asociación con instrumentos líticos característicos del

¹ Para un minucioso recorrido por las primeras interpretaciones acerca de los neandertales, puede consultarse la reciente obra de Antonio Monclova, *La conspiración del Neandertal*, Almuzara, Córdoba, 2019. También puede resultar útil la *Breve Historia de los neandertales*, de Fernando Díez (Nowtilus, Madrid, 2011), que cuenta con un interesante capítulo sobre el imaginario de los neandertales en la cultura occidental.

Paleolítico Medio. Además, a la luz del nuevo descubrimiento se reinterpretaron enseguida fósiles encontrados varias décadas antes, como los desenterrados en el yacimiento belga de Engis en 1829 o en Forbes Quarry, cerca del peñón de Gibraltar, veinte años más tarde, que hasta entonces habían pasado por completo desapercibidos. Ya no quedaba, pues, margen para la duda: lo que se había descubierto cerca de la tranquila villa de Elberfeld era una nueva especie humana extinta, y resultaba perentorio proporcionarle un nombre. El escogido, a despecho de Gustav Schwalbe, un antropólogo alemán que propuso en 1906 denominarla *Homo Primigenius*, fue, como había sugerido el geólogo irlandés William King en fecha tan temprana como 1863, *Homo neanderthalensis*, esto es, el hombre del valle de Neander, en alusión al lugar de su hallazgo. Se trató de una buena elección, pues Neander en alemán significa «hombre nuevo», y el de neandertal lo era sin duda, tan nuevo que terminaría por echar por tierra muchas convicciones hondamente arraigadas en la conciencia cultural de Occidente acerca de la posición de nuestra especie en la naturaleza.

Para ello, sin embargo, aún había de transcurrir mucho tiempo. El neandertal tuvo que afrontar todavía durante muchas décadas su destino de perdedor, pues su reconocimiento como especie no cambió demasiado el universal desprecio que parecía inspirar a los científicos. Si ya nadie negaba que lo fuera, no hubo tampoco quien reivindicara para ella el más mínimo atisbo de humanidad. La imagen popular de los neandertales siguió siendo abominable y brutal, y quedó asociada para siempre en el inconsciente colectivo a una condición abyecta, del todo ajena a la inteligencia, la espiritualidad y la compasión propias de los verdaderos seres humanos.

Tuvieron mucho que ver en ello los primeros intentos de representar su aspecto, que exageraron su forma simiesca. El mismo Thomas H. Huxley, que se atrevió con los primeros bocetos en 1864, los dibujó como seres cubiertos de pelo, de piernas arqueadas y dotados incluso de un pequeño rabo. Algo más tarde, el *Manual de la antigüedad del hombre*, publicado en 1880 por

J. P. McLean, incluía en un grabado una reconstrucción ideal del hombre de Neandertal que lo presentaba como un ser tosco, cuyo cráneo minúsculo contrastaba con un rostro enorme y de aspecto animal. Pero fue sin duda el francés Marcellin Boule el mayor responsable de la fijación del retrato bestial e inhumano de los neandertales en el imaginario popular. En agosto de 1908, el ya entonces célebre paleontólogo del Museo de Historia Natural de París recibía el encargo de describir el esqueleto encontrado en la caverna gala de La Chapelle-aux-Saints unos meses antes, que ofrecía el fósil mejor conservado de *Homo neanderthalensis* descubierto hasta la fecha. Para ello contó con la colaboración del artista checo František Kupka, entonces aún poco conocido, cuyos primeros dibujos aparecieron en febrero de 1909 en las páginas de la acreditada revista parisina *L'Illustration* y poco después en la británica *Illustrated London News*. Si bien es cierto que los restos correspondían a un anciano, el llamado «Viejo de La Chapelle», claramente aquejado de artritis y otras afecciones que le deformaron los huesos, el retrato dibujado por Kupka y avalado por Boule era demoledor. Su aspecto es el de un gorila monstruoso, de extremidades muy largas y cubierto de un espeso pelaje, que espera encorvado al abrigo de un risco lanzarse sobre alguna presa indefensa para abatirla con la basta estaca que porta en su mano, crispada con una fuerza que se adivina descomunal, mientras a su espalda, en una salvaje guarida que en nada recuerda al hogar de un ser humano, una pila informe de huesos descarnados acentúa su bestialidad. No hay en él rastro alguno de humanidad, pues Boule, para alivio de los grupos dirigentes de la sociedad francesa, rechazaba al Neandertal como parte de nuestro linaje, teniéndolo sin más por una vía muerta de la evolución. Sus palabras, extraídas de su estudio definitivo, publicado entre 1911 y 1912, no pueden ser más elocuentes:

Es importante —remarca el paleontólogo francés— observar que los caracteres físicos del tipo de Neandertal están en armonía con lo que la arqueología nos enseña de sus actitudes corporales, de su psiquismo y sus costumbres... La ausencia probable de todo

rastros de preocupaciones de orden estético o de orden moral está en consonancia con el aspecto brutal de este cuerpo vigoroso y pesado y esa cara huesuda, con mandíbulas robustas, donde se afirma aún más el predominio de las funciones puramente vegetativas o bestiales sobre las funciones cerebrales.

En ese mismo año de 1909, un nuevo rasgo de salvaje brutalidad venía a añadirse al imaginario popular sobre los neandertales. Cesare Lombroso, un afamado criminólogo que se mostraba convencido de que la fisonomía de los individuos servía de eficaz predictor de su inclinación al mal, encargó al escultor Montecucco una nueva reconstrucción de la especie a partir de los fósiles hallados en La Chapelle. El resultado venía a confirmar, como no podía ser de otro modo, las ideas deterministas del italiano: unas facciones brutales, primarias, de un salvajismo extremo, dibujaban con bastos trazos el espíritu de un ser violento, privado por completo de conciencia e inclinado por su propia e indomable naturaleza a las acciones más viles.

Los ejemplos serían interminables. La mujer neandertal esculpida en 1914 para el Real Instituto de Ciencias Naturales de Bruselas apenas se distingue de un chimpancé. La modelada por Henri Martin en 1918, que pretendía reconstruir el aspecto de la hembra cuyo cráneo fue hallado en el yacimiento francés de La Quina, no posee en sus ojos diminutos atisbo alguno de inteligencia ni piedad. Y, en fin, la familia de neandertales que forma parte de uno de los dioramas de la vida en la prehistoria expuestos desde 1929 en las salas del Museo Field de Historia Natural de Chicago se nos muestra unida antes por la necesidad de sobrevivir a una naturaleza hostil que por los lazos de unos afectos que parecen resultar del todo ajenos a su condición animal. Durante los cuarenta años siguientes, nadie fue capaz de imaginar a los miembros de la nueva especie como seres inteligentes, sensibles y compasivos, por más que la prolongada supervivencia del anciano de La Chapelle, incapaz de alimentarse por sí mismo, indicara lo contrario. El destino aciago de los neandertales había quedado sellado.

Por supuesto, no todas las representaciones de la nueva especie que vieron la luz a lo largo de aquellas décadas funestas fueron tan denigrantes. Una nueva reconstrucción del citado anciano de La Chapelle, inspirada por el antropólogo escocés sir Arthur Keith y también publicada por *Illustrated London News* en 1911, humaniza tanto su imagen que llega incluso a parecernos envuelta en un difuso halo de prístina inocencia. Pero el daño estaba hecho y sus efectos tardarían mucho en desaparecer del todo. Todavía en los años sesenta del pasado siglo la poderosa editorial Time Life publicaba una serie de libros sobre la prehistoria en la que los neandertales, aunque despojados ya de su tradicional brutalidad, aparecían representados como individuos de hombros encorvados, largos brazos y piernas arqueadas. Y algo más tarde, ya a finales de los setenta, el artista checo Zdeněk Burian, conocido ilustrador de diversas obras sobre la evolución humana, vuelve a presentarlos de un modo similar. Hubo que esperar aún un poco más para que la información obtenida de un sinfín de restos desenterrados en decenas de yacimientos de Europa y Asia, el desarrollo de los programas de diseño por ordenador y el avance de las innovadoras técnicas de dermatoplastia nos ofrecieran una imagen ajustada de los neandertales. Una imagen, por lo demás, que da la razón a quienes, como hicieron en 1957 William Straus y Alexander Cave, se muestran convencidos de que, bien aseado, afeitado y vestido con ropa moderna, un neandertal apenas llamaría la atención de los viajeros en el metro de Nueva York.

TRAICIONADOS POR LA PLUMA

No fue muy distinta la visión de los neandertales transmitida por la literatura. En 1911, el mismo año en que se publicaba por fin el esperado estudio de Marcellin Boule, veía la luz *La guerre du feu*, que sería traducida al castellano en 1923 como *La conquista del fuego*, obra del novelista belga J.-H. Rosny aîné, conocido por sus relatos de ciencia ficción. En sus páginas, que pintan con tin-

tes épicos un retrato brutal y despiadado de la vida del hombre en la prehistoria, los neandertales, actores principales de la novela, aparecen descritos con la misma inhumana fiereza que transmiten los dibujos de Kupka. Este es el retrato que nos introduce a Aghoo, uno de los protagonistas:

En su rostro solo se veía una boca rodeada de carne cruda y ojos homicidas. Su baja estatura hacía que sus brazos parecieran más largos y sus hombros más enormes; todo su ser expresaba un poder áspero, infatigable e implacable. Nadie sabía hasta dónde llegaba su fuerza, no la había ejercido ni contra Faouhm, ni contra Mouh, ni contra Naoh. Pero se sabía que era enorme. No la ponía a prueba en ninguna lucha pacífica: todos los que se habían alzado en su camino habían sucumbido, y o bien les había mutilado uno de los miembros o bien los había matado para unir el cráneo a sus trofeos.

No se trataba de ninguna excepción. Diez años después, en 1921, H. G. Wells, el novelista británico que pasa por ser el creador de la ciencia ficción moderna, publicaba en las páginas de la revista *Storyteller Magazine* un relato corto titulado «The Grisly Folk», en el que la visión de los neandertales parece empeñada en reunir todos los tópicos denigrantes que durante años habían ido acumulándose en el imaginario popular. Bestiales en su apariencia, salvajes en su comportamiento, limitados en su intelecto, su destino no puede ser otro que la extinción a manos de la única y verdadera especie humana: *Homo sapiens*.

Por supuesto, el cambio en la imagen de los neandertales que la ciencia comienza a difundir en la década de los cincuenta del pasado siglo tiene también su repercusión en la literatura, que nos regala obras mucho más mesuradas, como *Los herederos*, de William Golding (1955), o el conmovedor relato corto de Isaac Asimov *El niño feo* (1958). Pero los tópicos denigrantes sobre la especie se resisten con fuerza a abandonar el campo de batalla. Todavía en fecha tan reciente como 1980, la primera entrega de *Los hijos de la tierra*, la saga más célebre de novelas sobre la prehis-

toria jamás publicada, titulada *El clan del oso cavernario*, abunda en una imagen de los neandertales que no tiene nada que envidiar a las primeras descripciones de la especie. Jean Marie Auel, su autora, los imagina morenos y feos, frente a la belleza rubia de los sapiens; machistas y violentos, salvajes violadores incluso, frente a un Jondalar, arquetipo del varón de nuestra especie, sensible y preocupado por la sexualidad de su pareja, y, en fin, como no podía ser de otro modo, «una raza sin espacio para aprender, sin espacio para desarrollarse», del todo incapaz de sustraerse a los dictados de una cultura tan ancestral como condenada a la extinción; la encarnación de un pasado muerto frente al futuro lleno de esperanza que encarna el *Homo sapiens*.

El imaginario popular se aferraría con fuerza a esta visión de los neandertales. Traicionada por la imagen y la palabra, por el pincel y la pluma, cuando la comunidad científica comenzó a modificar su reconstrucción ideal de la especie era ya demasiado tarde; el prejuicio se hallaba hondamente arraigado. Quizá nunca podamos desarraigarlo del todo. En el fondo, nos resulta útil. Convirtiéndolos en depositarios exclusivos de aquello que no queremos ser, podemos tratar de olvidar que, en el fondo de nuestra mente, en apariencia racional y civilizada, siguen, agazapados, pero prestos a desatarse, los instintos salvajes de una especie feroz y despiadada. La única manera que hemos encontrado de afirmar nuestra humanidad es, por desgracia, seguir negando la suya.

UNA HISTORIA DESDICHADA

El cambio de imagen se limitó, por tanto, a los científicos. Pero ni siquiera entre ellos fue acompañado —al menos al principio— de una alteración sustancial en la idea que se tenía de los neandertales. Quizá su aspecto no fuera tan simiesco como se suponía en un primer momento, pero de lo que no cabía duda era de que se trataba de seres primitivos cuya fuerza descomunal compensaba a duras penas la escasa eficacia de sus toscas herra-

mientas de piedra, su pobre desempeño como cazadores, que les obligaba sin duda a alimentarse con frecuencia de carroñas arrebatadas a depredadores más hábiles que ellos, su nula sensibilidad para el arte y su absoluta incapacidad para el pensamiento simbólico. En todo inferiores al *Homo sapiens*, su destino no podía ser otro que extinguirse y dejar paso al dominio absoluto de nuestra especie sobre un mundo del que nosotros mismos nos hemos cuidado bien de proclamarnos herederos legítimos.

Durante décadas, todas las piezas del puzle parecían encajar a la perfección. En su versión más perfecta y elaborada, el paradigma dominante en la paleontología mundial venía a afirmar que, descartada nuestra ascendencia neandertal y cualquier posibilidad de hibridación entre ambas especies, sapiens y neandertales provienen con toda certeza de un ancestro africano común. Esta especie, denominada *Homo heidelbergensis* por haber sido descubiertos sus primeros restos, la denominada mandíbula de Mauer, en el pueblo de ese nombre, cercano a la ciudad alemana de Heidelberg, en 1907, había evolucionado en África hace unos ochocientos mil años, a comienzos del Pleistoceno Medio, y era ya muy similar en la práctica a la humanidad moderna. Su altura alcanzaba un promedio cercano a los ciento ochenta centímetros en el caso de los varones; su cerebro llegaba a mil doscientos cincuenta centímetros cúbicos, no mucho menos que el nuestro, y sus logros culturales comprendían la talla de bifaces, el dominio del fuego e incluso, quizá, los primeros barruntos de espiritualidad. Hace unos seiscientos mil años, algunos grupos de estos impresionantes individuos llegaron a Europa y allí encontraron un mundo muy distinto al que conocían: un continente helado, devastado por las glaciaciones. Obligados a adaptarse, terminaron por evolucionar, y de esta evolución surgió, hace unos trescientos mil años, una nueva especie humana: los neandertales. Mientras, los parientes africanos que habían dejado atrás terminaban por cambiar también para convertirse, más o menos en las mismas fechas que los neandertales, en otra especie: *Homo sapiens*. Pero como en África, demasiado distante de los polos, el efecto de las glaciaciones no había sido el descenso de las temperaturas, sino

un notable incremento de la aridez, sus rasgos serían muy distintos y, en lo fundamental, semejantes a los nuestros.

Lo esencial del guion estaba escrito. Solo faltaba completar sus frases. Los neandertales poseían en sus cuerpos todos los rasgos que permitían encajarlos como una pieza perfecta en el lugar que la evolución les había destinado: la Europa del Pleistoceno Medio, una tierra inhóspita, de inviernos largos y muy fríos, en el que las plantas escaseaban y solo la carne y la grasa de los animales ofrecían una fuente segura de alimentos. Sus gruesas osamentas y sus poderosos músculos sin duda retrataban a fieros cazadores llamados a pelear a muerte por sus presas con agresivos carnívoros como los osos de las cavernas, los lobos, las hienas y, por supuesto, los grandes felinos, como el león o el leopardo. Su enorme caja torácica y sus grandes pulmones aseguraban a sus cuerpos el oxígeno suficiente para alimentar un organismo tan pesado, con frecuencia cercano a los cien kilogramos de masa, y proporcionar en caso de amenaza una huida rápida y eficaz. Su forma, ancha y achaparrada, de extremidades cortas, les garantizaba una mínima dispersión a la atmósfera del imprescindible calor corporal que necesitaban para combatir el frío. Su amplia cavidad nasal y su cara proyectada con fuerza hacia delante les permitían, en fin, calentar y humedecer el aire gélido antes de que alcanzara los pulmones y el cerebro, previniendo así la congelación y la muerte. Los neandertales eran, en suma, los señores naturales de la Europa glacial, y lo siguieron siendo durante decenas de miles de años, hasta que dejaron de estar solos.

Unos sesenta mil años antes del presente, tras haberse encontrado casi al borde de la extinción como resultado de unas condiciones de extrema aridez, nuestros ancestros africanos habían experimentado una auténtica «revolución cognitiva», una suerte de amanecer de la conciencia que multiplicó exponencialmente sus aptitudes. En síntesis, los grupos sapiens salidos de aquella revolución poseían ahora armas e instrumentos más eficaces y diversificados; eran capaces de adaptarse a cualquier medio mediante la explotación de todo tipo de recursos naturales; sus vínculos sociales se habían hecho mucho más estrechos, tanto entre indi-

viduos como entre grupos, incluso a grandes distancias, lo que facilitaba la cooperación, las innovaciones y su difusión, y su universo simbólico se había enriquecido de tal modo que envolvía todos los aspectos de la vida colectiva, robustecida por el arte y la religión, afianzado así el poder del grupo y su capacidad de enfrentarse a los retos más difíciles.

Fortalecidos de este modo, los primeros clanes de *Homo sapiens* abandonaron su hogar africano y comenzaron a expandirse por el Viejo Mundo. Ya lo habían intentado unos cuarenta mil años antes, pero en Oriente Medio se encontraron con grupos de neandertales reacios a dejarse amilanar y terminaron por desaparecer de la zona. Ahora sería distinto; nuestros ancestros eran mucho más fuertes. Con todo, no había de ser una tarea fácil. Asia estaba ocupada desde hacía mucho tiempo por diversas especies humanas: *Homo erectus* en China y el sudeste; denisovanos en Siberia central; *Homo floresiensis* en la isla de Flores, al sur de Indonesia; *Homo luzonensis* en la isla filipina de Luzón, y quizá algunas otras que todavía desconocemos. Pero los grupos de *sapiens*, más inteligentes y avanzados que todas ellas, fueron exterminando poco a poco a todos sus competidores y ocupando por completo el territorio que dejaban libre. Hace unos cincuenta mil años alcanzaban Australia; treinta mil años después, América del Norte, y unos pocos miles de años más tarde, la Tierra del Fuego.

La conquista de Europa no les resultó tan sencilla. Los neandertales se encontraban muy bien adaptados al medio que habitaban en exclusiva. No solo su organismo podía soportar mejor el frío que el de nuestros ancestros, cuyo cuerpo grácil y ahusado perdía calor con facilidad, sino que su dilatada presencia en las estepas y los bosques de aquella Europa que con todo derecho consideraban su hogar los había llevado a conocerlos a la perfección. Sabían dónde se hallaban los mejores abrigos y cuevas; podían descubrir con facilidad los más exiguos cauces de agua, sin temor a encontrarlos secos cuando no debían estarlo; jamás se perdían en la espesura de los bosques, donde recogían las plantas cuyas propiedades venenosas o curativas, generación tras genera-

ción, les habían enseñado los ancianos, y, sobre todo, habían alcanzado una comunión casi completa con las especies de animales que durante decenas de milenios habían asegurado su alimento y que consideraban, de algún modo, parte de su misma naturaleza.

Nuestros ancestros no tenían todo eso, pero tampoco lo necesitaban. Eran menos robustos, pero también más ligeros y rápidos. Su eficiencia biomecánica era mayor, pues su cuerpo consumía menos energía y su rendimiento físico era superior. Practicaban una clara división sexual del trabajo, lo que les aseguraba una mayor supervivencia de su prole, un crecimiento más rápido de su población y una mayor longevidad, que facilitaba los nuevos descubrimientos y su transmisión de padres a hijos. Quizá no estaban bien adaptados al frío extremo, pero podían protegerse muy bien de él con vestimentas mejor elaboradas, debido fundamentalmente al empleo de agujas de hueso que permitían coser las prendas y ajustarlas al cuerpo. Contaban con técnicas de caza y de guerra más avanzadas, gracias, sobre todo, a la mayor cohesión de sus grupos y a su capacidad para cooperar con otros. El empleo del arco y la flecha, en concreto, les permitía abatir sus presas desde una distancia segura, evitando los numerosos percances que sufrían los cazadores neandertales, obligados a acercarse a los animales para clavarles sus lanzas. Y sus herramientas, asociadas al denominado tecnocomplejo auriñaciense, el primero del Paleolítico Superior, se basaban en largas y finas láminas, más versátiles y duraderas que las toscas e ineficaces lascas musterienses que los neandertales llevaban fabricando trescientos mil años, sin apenas variación alguna, inmersos en una cultura atávica e inmovilista que había perdido mucho tiempo atrás cualquier capacidad de innovación.

Así, cuando el encuentro entre sapiens y neandertales se produjo al fin, el resultado era fácil de predecir. Ambas especies no podían convivir en el mismo espacio, pues competían por los mismos recursos, de modo que una de ellas, la más eficaz explotando esos recursos, había de conducir a la otra a la extinción. La historia es fácil de contar, y ha dejado un rastro reconocible sin

dificultad en los yacimientos de esta época repartidos por toda Europa. Mientras nuestros ancestros avanzan lentamente desde el este, penetrando poco a poco en el continente, los neandertales retroceden sin cesar. Hace cuarenta mil años desaparecen de Oriente Próximo, el lugar por el que entró el *Homo sapiens* desde su nativo solar africano. Cinco mil años más tarde, lo hacen también de Europa central y la continuidad territorial entre sus poblaciones se rompe. Treinta y cinco mil años antes del presente, su hogar se limita ya a tres grandes zonas: el sudeste de la península Ibérica y la costa oeste francesa en el extremo occidental de Europa; la península Itálica en el centro, y los Balcanes y las costas septentrionales del mar Negro en el este. Pero la regresión no se detiene. Mil años después ya no hay neandertales en Italia. Cuatro mil años más, y la presencia de la especie se ha reducido a pequeñas zonas desperdigadas en el sur de la península Ibérica, el suroeste de Francia y la península de Crimea, al norte del mar Negro. Iberia será, precisamente, el último reducto de los antiguos dueños de Europa. Una invisible frontera marcada por las aguas del Ebro, como ha propuesto el prehistoriador portugués João Zilhão, parece mantener separadas durante unos milenios más, en inestable equilibrio, a las dos especies competidoras. La suerte de la batalla, no obstante, hace mucho que está decidida. Al norte, nuestros ancestros disfrutaban las verdes praderas y los bosques atlánticos ricos en recursos del último período templado anterior a la glaciación Würm; al sur, los neandertales han de conformarse con los paisajes más secos y cálidos de las costas mediterráneas, en los que permanecen unos pocos miles de años más, conmovedoramente fieles a sus tradiciones culturales, sin mezclarse con sus vecinos del norte ni aprender de ellos. Las cavernas de los acantilados gibraltareños son su último y exiguo reducto. Y será en una de ellas, la cueva de Gorham, hoy bañada por el mar, pero entonces a unos pocos kilómetros de la costa, donde arderá por última vez, hace unos veinticuatro mil años, el cálido fuego de un hogar neandertal. La Europa que entonces heredaba el *Homo sapiens* pronto volvería a tornarse fría e inhóspita. Pero ahora le pertenecía en exclusiva a nuestros ancestros.

Solo quedaba ya una especie humana sobre la Tierra. Los neandertales habían perdido; seguían siendo sin duda, a pesar del cambio que había experimentado su imagen, mucho menos primitiva que la de antaño, los primeros perdedores de la Historia².

PONIENDO LAS COSAS EN SU SITIO

Los vencedores se arrogan el derecho a narrar su victoria, de modo que, puesto que esos vencedores hemos sido nosotros, los descendientes remotos de aquellos invasores africanos de Europa, no debe extrañarnos el tenor triunfalista de cuanto hemos escrito hasta ahora. Sin embargo, el aforismo mencionado no siempre es cierto del todo. Como tendremos ocasión de comprobar en diversas ocasiones en estas páginas, la historia, al menos en ciertos momentos, también se reescribe, y cuando ello sucede los vencedores y los vencidos a veces intercambian sus papeles.

No es el caso del hombre de Neandertal. Su extinción es un hecho innegable. No obstante, lo que no resulta tan evidente a la luz de los últimos descubrimientos es que la causa, o al menos la única causa, de su extinción fuera el *Homo sapiens*. Lo que hace unos años denominara, con no poca exageración, el paleontólogo británico Paul Pettitt «... la primera y más exitosa campaña de genocidio de la raza humana moderna»³ no sucedió realmente. El hombre de Neandertal estaba condenado de forma inexorable a la extinción desde mucho tiempo antes de que las dos especies se encontraran en las tierras de Oriente Medio, porque había comenzado a perder la batalla interminable que todas las especies libran con el medio en el que se ven obligadas a sobrevivir. Hemos prestado tanta atención a los actores que nos hemos olvidado del escenario.

² Una versión reciente de esta teoría puede encontrarse en Bienvenido Martínez-Navarro, *El sapiens asesino y el caso de los neandertales*, Almuzara, Córdoba, 2020.

³ Clive Finlayson, *El sueño del neandertal*, Crítica, Barcelona, 2010, pág. 136.

En efecto, el escenario en el que se representaba el intenso drama de los neandertales, como ahora sabemos gracias a los notables avances de la paleoclimatología, era mucho más complejo y, sobre todo, mucho más cambiante de lo que tendíamos a pensar. Durante el dilatado lapso de tiempo en el que transcurrió la mayor parte de su existencia, entre los doscientos mil y los veinticuatro mil años antes del presente, se sucedieron, alternándose, tres períodos cálidos y dos fríos. Pero tanta simplicidad resulta engañosa y poco útil para entender cómo afectaban estos cambios a las especies vegetales y animales que poblaban Europa en el Pleistoceno Medio. Mucho más relevante es el hecho de que dentro de cada período, ya fuera frío o cálido, se producían enormes fluctuaciones climáticas que alteraban, a veces con gran rapidez, las condiciones del entorno, generando un panorama caótico de pequeños ciclos de signo contrario que se sucedían sin fin. En este contexto dramático, las especies luchaban por sobrevivir, moviéndose sin cesar para buscar ecosistemas similares a aquellos a los que estaban adaptadas y extinguiéndose si no lo lograban. Los neandertales no eran una excepción. Si las especies de que dependía su supervivencia se movían, debían moverse con ellas, y si no lo hacían con la rapidez suficiente cuando los hielos descendían hacia las latitudes meridionales del continente, en los períodos de frío extremo, perecían sin remedio, privados de los recursos naturales imprescindibles para alimentarse.

Durante mucho tiempo lo lograron. Lejos de ser, como se pensaba, los señores indiscutibles del hielo, solo permanecían en él cuando no tenían otra opción, y se adaptaban a todo tipo de hábitats, desde las estepas-tundra del mamut, al norte, a los bosques húmedos y frondosos y las verdes praderas atlánticas, pasando por las tierras más secas, en las zonas bañadas por el Mediterráneo. Sin embargo, en cada cambio, en cada nueva fluctuación del clima, algunos grupos perecían, incapaces de adaptarse con la rapidez necesaria a la tiranía de la naturaleza. Poco a poco, los clanes supervivientes se hallaban cada vez más alejados entre sí, cada vez más aislados, condenados a subsistir sin otra ayuda que la que ellos mismos fueran capaces de proporcionarse. Quedaban

así privados de los enormes beneficios del intercambio de ideas, principal motor del progreso humano, pero también, y, sobre todo, del intercambio de genes. Esta privación los condenaba a la endogamia, y con ella a una consanguinidad que multiplicaba la incidencia de las taras genéticas hereditarias y los debilitaba, poco a poco, colocándolos en peor situación para afrontar cada nueva oscilación del clima. Porque, al verse cada vez más reducidos de tamaño, la fragilidad de los grupos neandertales se acentuaba. Las poblaciones pequeñas pueden sobrevivir durante largos períodos de tiempo, pero terminan por desaparecer de repente, cuando el número de nacimientos se reduce demasiado, sobreviven menos niños de lo habitual, la proporción entre los sexos se altera en detrimento de las hembras o, sencillamente, sobreviene una racha de accidentes mortales un poco peor de lo corriente. Quizá la presencia del *Homo Sapiens* aceleró el proceso, pero en modo alguno lo provocó. Los neandertales estaban condenados⁴.

Es cierto que este nuevo modelo de interpretación presenta una evidente dificultad cuando trata de explicar las presuntas adaptaciones al frío de la anatomía de los neandertales. Si sus grupos en retirada fueron desplazándose hacia el sur de Europa mientras avanzaban los hielos, y, paradójicamente, el más versátil *Homo sapiens* parecía capaz de sobrevivir sin problemas en las latitudes más septentrionales del continente gracias a su cálida vestimenta cosida con agujas y sus acogedoras viviendas, no parece que la morfología neandertal pueda responder a la presunta adaptación hiperártica que se ofrecía como explicación.

De hecho, no responde a ella. También en esto estábamos equivocados. Las peculiaridades anatómicas de los neandertales no se deben a una adaptación al frío, como se pensaba, sino a las zonas boscosas. De lo que huían en su continuada marcha hacia el sur y el oeste de Europa no era del hielo, sino de la aridez de las estepas que este traía consigo, vastas planicies con escasa cobertura arbórea en las que los neandertales tenían muy difícil sobre-

⁴ Una buena síntesis del proceso en Antonio Rosas, *Los neandertales*, CSIC-Los Libros de la Catarata, Madrid, 2010.

vivir. Ello se debía a la especial morfología de su cuerpo, que les imponía unas técnicas de caza muy específicas. Sus piernas cortas favorecían más la potencia que la resistencia, por lo que no habrían soportado nada bien los grandes desplazamientos en pos de las errantes manadas de herbívoros que exige la caza en espacios abiertos. Bien al contrario, su organismo, gracias a sus enormes pulmones y su poderosa musculatura, así como su gran cámara nasal, que les permitía disipar con rapidez el calor corporal en situaciones de actividad intensa, soportaba bien los movimientos explosivos de duración limitada y que requieren gran empleo de fuerza física. Con estos condicionantes corporales, los neandertales estaban condenados a esperar a sus potenciales presas al abrigo de los árboles y lanzarse sobre ellas con movimientos muy rápidos para clavarles sus lanzas con la máxima fuerza de la que eran capaces. Sin árboles, nada de eso era posible; donde eran escasos o no existían en absoluto, sus posibilidades de supervivencia quedaban drásticamente limitadas. Por ello, cuando los bosques desaparecían en la estepa-tundra en la que el frío convertía el norte de Europa, los neandertales debían marchar hacia el sur. Y cuando los neandertales se iban, los sapiens se quedaban. Nuestros ancestros no necesitaron recurrir a la violencia; ni siquiera fue su éxito el resultado de la exclusión competitiva en la lucha por los mismos recursos, como se creía hasta hace poco tiempo; al *Homo sapiens* le bastaba con sobrevivir y sentarse a esperar.

Los neandertales no eran esa especie estúpida, salvaje y brutal que creían los científicos del siglo XIX. Tampoco fueron aquellos individuos, aunque humanos, toscos y atrasados, atados generación tras generación a atávicas e ineficaces tradiciones culturales, que perecieron al solo contacto con el *Homo sapiens*, la especie elegida por la naturaleza para dominar el mundo. Los neandertales fueron seres magníficos que sobrevivieron un cuarto de millón de años, adaptándose sin cesar a cambios radicales en su entorno que ponían a prueba una y otra vez su capacidad de responder ante nuevos retos. Lejos de ser toscos y salvajes, adornaban sus cuerpos, conocían muy bien el valor de la cooperación, cuidaban a los ancianos e impedidos, enterraban a sus muertos y,

como sabemos desde hace muy poco, llegaron incluso a desarrollar las primeras formas de arte conocidas. Si somos nosotros los que estamos aquí, y no ellos, se debe en buena medida a la suerte, pues también nuestra orgullosa especie, en más de una ocasión, se encontró muy cerca de la extinción. Aunque los neandertales fueran, como lo son en efecto, los primeros perdedores de la historia de la humanidad, debemos reconocer, al menos, su grandeza y su cercanía. No son, en modo alguno, menos humanos que nosotros.